

CENTRO CULTURAL DE LA COOPERACIÓN
FLOREAL GORINI
ANUARIO DE INVESTIGACIONES
AÑO 2022

DEPARTAMENTO DE EDUCACIÓN
GRUPO DE REFLEXIÓN SOBRE LA
PRÁCTICA DOCENTE

AUTOR/A: PAULA MURIEL MARTÍNEZ

TÍTULO DEL TRABAJO: ¿CUÁNTO CABE EN UNA CAJA?



Publicación Anual - N° 13

ISSN: 1853-8452

Centro Cultural de la Cooperación Floreal Gorini
Av. Corrientes 1543 (C1042AAB) - Ciudad de Buenos Aires – [011]-5077-8000
www.centrocultural.coop

Centro Cultural de la Cooperación Floreal Gorini
Anuario de Investigaciones - Año 2022

Directoras/es de la publicación:

SECRETARÍA DE INVESTIGACIONES:

Gabriela Nacht
Marcelo Barrera
Natacha Koss
Pamela Brownell

Autoridades del Centro Cultural de la Cooperación “Floreale Gorini”

Director General: Juan Carlos Junio

Subdirector: Horacio López

Director Artístico: Juano Villafañe

Secretario de Formación e Investigaciones: Pablo Imen

Secretario de Comunicaciones: Luis Pablo Giniger

Secretaria de Planificación Institucional: Natalia Stoppani

Secretaria de Programación Artística: Antoaneta Madjarova

© Centro Cultural de la Cooperación Floreal Gorini
Av. Corrientes 1543 (C1042AAB) - Ciudad de Buenos Aires - [011]-5077-8000 -
www.centrocultural.coop

© De los autores

Todos los derechos reservados.
ISSN: 1853-8452

¿Cuánto cabe en una caja?

Paula Muriel Martínez

Palabras clave: Enseñanza de Prácticas del Lenguaje – Enseñanza de la Lectura - Experiencia pedagógica – Escuela Primaria

Resumen: El presente trabajo narra una experiencia pedagógica de Enseñanza de las Prácticas del Lenguaje, centrada en la lectura y la oralidad. Se desarrolló en una escuela primaria común de la CABA en el mes de agosto de 2022. El trabajo se realizó en torno a la lectura del cuento “El país de Juan” de María Teresa Andruetto y las posteriores acciones realizadas por los niños y niñas a partir de una propuesta docente. Muestra de qué manera la lectura literaria en la escuela permite construir espacios de intercambio más allá del propio contenido del relato. Permite observar también cómo la lectura literaria puede transformarse en puntapié para la creación de nuevas historias o de otros mundos posibles.

—

Las cajas pueden parecer objetos simples, por su estructura geométrica, por su material, por lo efímero de su existencia. Pero las cajas, muchas veces, ocupan lugares importantes en nuestras vidas. En cajas ponemos nuestras cosas cuando partimos de un lugar para mudarnos a otro; en cajas ponemos la ropa de alguna temporada para “subirla” y hacer espacio hasta que el clima cambie; en cajas acumulamos papeles, boletas, recibos. Las maestras y los maestros bien sabemos del valor de una caja: “Abel, ¿me guardas la caja?”, chifla alguna desde la puerta del aula cuando ve que al cocinero se le terminaron las galletitas y queda una caja libre. Y allí ordenamos cuadernos para las miles de veces que nos trasladamos por la escuela, o guardamos fotocopias, o armamos cartucheras colectivas para el que no tiene, para el que se la olvidó, para el que le falta.

Hace algunas semanas comenzamos a leer en 6ºA “El país de Juan”, un cuento en capítulos de María Teresa Andruetto. Elegí que compartamos esa lectura porque tiene capítulos cortos que nos permiten abordar diferentes recorridos y ajustarlos a la enorme diversidad de alcances de lecturas que hay en el grado. Lo elegí también porque habla de migraciones, que es lo que los chicos están estudiando en Ciencias Sociales con mi querida compañera. Y lo elegí, cómo negarlo, porque a mí, como lectora, me gusta mucho.

Resulta que en este cuento se narra la historia de dos niños, Juan y Anarina. Juan, un niño del norte que junto a su familia debió abandonar su tierra natal, porque “entre los ladrones de ganado, la sequía y los gobiernos” (Andruetto, 2018) fueron perdiendo su trabajo, sus cosas y hasta su casa perdieron. Y decidieron mudarse a la ciudad, a Villa Cartón. Y allí

comenzaron todos a trabajar como cartoneros. En esa ciudad, una de las noches de recorrida, Juan encontró una caja forrada de tela azul y decidió guardar allí “sus cosas más secretas: una gomera, un vellón de oveja, un lazo que había trenzado su abuelo, unas semillas de Misto!” (Andruetto, 2018).

Este cuento también narra la historia de Anarina, una niña que vivía en la ciudad, una niña cuya familia trabajaba en las fábricas de hilado. Pero “entre los ladrones de fábricas, los vendavales y los cambios de gobierno” (Andruetto, 2018) perdieron su trabajo, sus cosas y hasta su casa perdieron. Entonces, debieron ir a vivir a Villa Cartón. Y allí, comenzar a trabajar de cartoneras. Una noche, Anarina encontró una caja forrada de tela roja y decidió guardar allí “sus cosas más secretas: una foto de su padre, una pulsera de cuentas, un lazo blanco de seda con el que su madre le trenzaba el pelo cuando era una niña muy niña, un botón con cuatro agujeros, un boleto capicúa” (Andruetto, 2018).

Al llegar a este momento del libro, la propuesta es casi obvia, absolutamente esperable. Mi intención era hacer alguna actividad que nos ayude a trabajar la oralidad, porque en el grado está muy desorganizada y cuesta mucho la escucha. Entonces les propuse lo obvio: que cada quien consiguiera una caja, la forrara del modo que más le gustara, la decorara como quisiera y la trajeran al siguiente viernes con, al menos, una cosa de valor para cada uno. Y listo.

¿Y listo? Llegó el viernes. Apenas abrimos la puerta de la escuela para que comiencen los niños a ingresar, comenzaron a llegar los de 6°. Y con ellos, las cajas. De distintos tamaños, con colores muy diversos, algunas decoradas con brillos, flecos, lanas, stickers, dibujos, sistemas de cerrado “anti hermanos pequeños espías”, incluso hubo una que guardaba adentro papel picado como parte de la magia de la caja.

Mientras esperaban el saludo de entrada, ansiosos, comenzaron a mostrarse a escondidas lo que tenían, se reían, cuchicheaban, se escondían cuando algún adulto pasaba cerca, compartían. Yo los miraba desde lejos, no quería interrumpir. Entraron rapidísimo al aula. Por primera vez no preguntaron si había llegado la leche. “¿Ya podemos ver las cajas?” fue la pregunta antes, incluso, de los “Buenos días”. Y comenzamos a descubrir el tesoro.

Al principio, pese a la ansiedad (o producto de ella, quién lo sabe), nadie se animaba a comenzar a mostrar sus objetos. Entonces me ofrecí a mostrar mi caja, pues claro, yo también había llevado una. Les confesé que me sentía un poco avergonzada porque mi caja no estaba decorada, no había tenido tiempo de hacerlo y me comprometí a llevarla más linda para nuestro próximo encuentro. Les advertí que iba a copiarme de algunas de las cajas de ellos, porque sus ideas eran verdaderamente bellas. De a poquito, les compartí mis cosas valiosas. Les mostré un muñequito de mi infancia y les conté una anécdota que viví con él y con mi papá en la cancha de San Lorenzo, les mostré una foto de mi hijo y su papá, les mostré una pequeña mariposa de papel que me recuerda a alguien que ya no está, y les mostré una foto de la escuela, porque allí yo soy muy feliz.

Cuando terminé, me sorprendí por el clima de escucha atenta y de ternura que había en el aula. Inmediatamente se alzó una mano y alguien se atrevió a mostrar. Y luego otro. Y con ayuda de la profe de apoyo, otro más. Algunos mostraron y contaron muy desenvueltos. Otros nos narraron despacito al oído y nosotras repusimos lo dicho para el resto del grado.

En las cajas apareció de todo. “A” trajo la camiseta de fútbol heredada de su papá, con la que hace muchos años, en su juventud, ganó el guante de oro tras ser elegido como mejor arquero; “Yo ahora soy arquero, como mi papá”. “S” trajo fotos de casamiento de abuelos. “J” desarrolló con profundo cuidado el adorno navideño de cerámica de su bisabuela, que va pasando de generación en generación. “N” mostró el primer muñeco que su mamá le cosió para su nacimiento. Varios guardaban unas pulseritas que una niña del grado fue regalando a lo largo del año al resto y todos conservan como un símbolo de amistad. “N” también trajo un reloj que le muestra que ya es más grande y debe despertarse sola. “M” compartió una caja de marcadores que le permite dibujar, “Mi primera caja de marcadores... mis bebés” dijo. “E” trajo la foto de su partido debut en el fútbol cuando era un niño muy niño. “T” trajo la primera camiseta que usó en el equipo en el que juega hoy. “J” trajo el muñeco con el que dormía cuando era más pequeño y que todavía en ocasiones usa. “M”, que este año estuvo internada, trajo un aparato broncodilatador y nos contó que, aunque tuvo mucho miedo y estuvo muy enferma, esos días pudo por primera vez, compartir muchas horas con su abuela y con su mamá. Y el tesoro que cerró el encuentro, también lo aportó “M”: fue un cuaderno cuyo título escrito en la portada es “Cuaderno de boludeses”, y es en donde varios de ellos escriben frases que escuchan y les dan risa, pegan dibujitos, anotan palabras equivocadas que se pronuncian en el aula, juegan al ahorcado, prueban los marcadores nuevos. Un cuaderno que conserva su preciosa y valiosa colección de “boludeses”.

Es difícil transmitir la ternura, la alegría y la empatía que circuló esa mañana. Por supuesto que le pasó por encima a mi propuesta de trabajar la escucha como parte de la oralidad. Ese día se instaló algo. Desde ese día, cada tanto, alguien llega con su caja y comparte algo nuevo, cuenta, nos regala un ratito.

El cuento es hermoso. Todavía ni lo terminamos de leer. El cuento es hermoso. Pero el cuento fue la excusa. “Seguro que después van a aparecer muchos chicos que encuentran muchas cajas de muchos colores profe”, arriesgó uno. “Y seguro que con esas cajas y con todo lo que tienen adentro van a construir un mundo más lindo para todos los cartoneros” se entusiasmó otra. “Y seguro que Juan va a vivir re feliz ahí, seño” concluyó un tercero. Y todos acordaron en que, ya no importaba tanto como era el final verdadero, porque ellos habían construido su versión hermosa, la versión en la que todas esas infancias eran un pedacito importante, una versión en la que entraban todos los colores, una versión que recogía todos los sueños y todo lo que a esas infancias les importa. Y donde Juan seguro *es re feliz*. Que me disculpe nuestra querida Andruetto porque su cuento es muy bello, pero hoy, en la semana en que una niña de un barrio vecino murió con desnutrición en la ciudad más rica del país, me dan muchas, muchas ganas de soñar con el país de Juan de 6°A, un país que recoge y protege a todos esos sueños.

Bibliografía general

Andruetto, M. T. (2018). *El país de Juan*. Buenos Aires: Sudamericana.